

PROA

*Alimentando esfuerzo,
perseverancia y transformación*

Por sus ojos pasaban las llamas del incendio que carcomía los sueños y esfuerzos de su padre y su familia. En cuestión de minutos, los abarrotados y las maquinarias se habían consumido abrasadas por un fuego incontrolable por la gran cantidad de materiales combustibles que se acopiaba en la bodega de la ferretería que la familia había instalado en el valle del Cachapoal.

Entre los escombros se podían ver los vestigios del sueño que Francisco Aguado Villalba, su padre, había logrado levantar en poco tiempo, al llegar a Chile en 1916, cargando sobre los hombros una familia con mujer y sus cuatro primeros hijos. Aquí, entre las brasas insaciables, quedaba en cenizas el deseo de dejar huella en Peumo,



ese desconocido lugar de Chile, y surgir como otros tantos inmigrantes españoles que habían apuntado al rincón más lejano del planeta para construir su futuro.

Benedicto Aguado Hoces, el segundo hijo de Francisco, pequeño y solo sentado al borde de una piedra, observaba en el incendio un detalle que resumía el desastre: pedazos de un zapato –el regalo de Navidad que él mismo, con la plata que ganaba ayudando en el almacén, se había comprado por adelantado– retorciéndose de calor entre las ruinas, volando como mariposas negras hacia el cielo siempre claro de Peumo en Nochebuena.

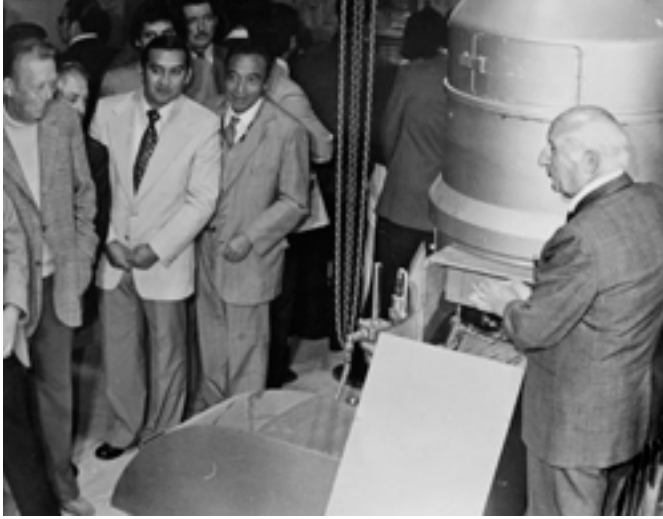
Fue entonces cuando Benedicto, a los 14 años, se sacudió del polvo y el humo, se

hizo hombre y pensó como tal. Lo que su padre había armado en poco más de una década no cabía en los estantes del negocio destruido. Era mucho más grande y fuerte como para que cediera a cualquier traspie, por fuerte y grande que también lo fuera. Aquí, sentado sobre la piedra, con el hambre lenta del fuego sin acabar del todo con la tragedia, juró mirando al cielo claro de Peumo que de ésta saldrían fortalecidos. Aquí, entre esas mismas cenizas

hambrientas, en la tormentosa Navidad de 1926, es cuando la historia de Proa, conocida históricamente como Champion, empieza a escribirse.

No hubo tiempo al acomodo. En esa Nochebuena de 1926, las condiciones familiares obligaron al primer hijo hombre de la familia a abandonar el colegio para trabajar como el principal pilar de su padre. Sin seguros y sin ahorros, a Benedicto no le quedó más remedio que aceptar la única

En 2019, Champion S.A. cambia su identidad corporativa a Proa S.A., dando muestra concreta de su proceso de transformación.



Proa es un conglomerado nacional de empresas con 80 años de historia dedicado a la producción y comercialización de alimentos para mascotas, animales de granja, huevos para consumo humano e industrial y pollitas de un día para la crianza de gallinas ponedoras.



vía que le ofrecía el futuro, sin saber en ese entonces que sería el inicio de un espíritu que se moldearía por el compromiso a sol y sombra, el esfuerzo y resiliencia a prueba de golpes y una excepcional manera de entender los negocios que sólo es posible reconocer cuando se la trae innatamente en la sangre.

La impronta que años más tarde daría origen a Proa viene dada por ese espíritu, forjado en la adversidad. Con apenas 14 años y sin posibilidades de retornar al colegio, Benedicto Aguado ya era un hombre en cuerpo de niño cuando llegó a la quinta que su tío Atanasio Hoces tenía en Las Cabras para pedirle trabajo. Fue ese mismo pariente el que se había deslumbrado años antes con las habilidades con las que el pequeño resolvía dilemas comerciales que él mismo le planteaba. Por eso, desde un comienzo le entregó a Benedicto responsabilidades que iban más allá de las actividades propias de la quinta y que incluían la venta de maderas a las barracas y hacerse cargo del corretaje de trigo para los distintos molinos que había en la zona.



El ramal que cubría los 18 kilómetros entre Peumo y Las Cabras tardaba más de una hora en llegar a su destino. Por las noches, de regreso, el convoy viajaba a oscuras con la mayoría de los trabajadores durmiendo, a excepción de una lucecita que le daba tenue a Benedicto en la cabeza y que él mantenía encendida para leer lo que fuera que hubiera llegado a sus manos. Aprovechaba los viajes ida y vuelta para aprender sobre cualquier tema, desde contabilidad, química o actualidad, hasta de caballos.

Pero el apetito por el conocimiento siempre fue mayor al tiempo que disponía en el tren. Cuando regresaba a casa, seguía leyendo alguno de los libros encargados por correo y que escondía, como tesoro,





para que nadie se los leyera.

Con los años, el haberse educado a sí mismo le provocaba una mezcla de emociones que deambulaban entre el pudor por los vacíos incompletos que pudiesen haberle quedado y el orgullo por haber sabido conciliar la inquietud intelectual con el esfuerzo, a pesar de las adversidades, o tal vez gracias a ellas.

Ya en esa etapa de su vida, cuando los libros le permitían entender mejor el negocio del corretaje agrícola como para forjarse un nombre en la zona, Benedicto Aguado Hoces logró entender un par de cosas que le sirvieron para, más adelante, consolidar su legado. Una, que en los negocios se debe actuar con la misma transparencia que en cualquier otra faceta de la vida, y dos, que todo se resuelve con empeño, no importa cuánto trabajo y tiempo se necesite. Cuando todo llega a su fin, mañana empezamos de nuevo.

De esto último el destino volvería a encargarse de recordárselo. Si ya el incendio

del negocio familiar había sido un golpe duro, apenas un par de años después los tíos que le habían tendido la mano con los trabajos en Las Cabras murieron en un accidente automovilístico, teniendo que hacerse nuevamente cargo. Ya había adquirido experiencia suficiente en el negocio del corretaje agrícola como para sentarse a la mesa con su padre y proponerle que trabajasen juntos. Francisco también había echado mano a su prestigio como corredor de productos con los agricultores de la zona, por lo que la idea le hizo sentido y se estrecharon las manos. Sin que estos hombres tan familiarizados con la tierra y las semillas lo entendieran entonces, en ese minuto estaban sembrando el origen de una historia que hoy ya cumple 80 años.



Esa noche, ni Francisco Aguado ni su hijo Benedicto, habrían imaginado que esa resiliencia y ganas de cambiar las cosas con



Benedicto Aguado Hoces

transmitió a su familia y colaboradores que en los negocios se debe actuar con la misma transparencia que en cualquier otra faceta de la vida.

una mirada única, los harían forjar desde las cenizas un conglomerado de empresas que, tras ocho décadas y tres generaciones, ganaría prestigio y una importante participación de mercado a través de reconocidas marcas en el negocio de las mascotas y el huevo, así como en la industria pecuaria gracias a la producción y comercialización de alimentos para animales.

Mirado con los ojos del presente resulta indiscutible los tintes épicos del relato, pero el germen del legado tuvo un origen mucho más sencillo, pero no por ello menos complejo. De todos los productos que Benedicto Aguado comercializaba, el trigo le parecía el más fascinante. No sólo porque tenía ese

poder ancestral de alimentar a las personas desde el registro de los tiempos sino también porque en sus divagaciones creía encontrar en los granos la posibilidad de generar negocios que a fines de los años '30 aún ni siquiera se pensaban.

La experiencia de padre e hijo en el corretaje de este cereal lo volcaron en la búsqueda de un molino. Por ese entonces, los principales abastecedores de harina en la zona estaban en El Monte, a unos cuantos kilómetros al oeste de Santiago, y en uno de los recorridos les ofrecieron un molino llamado San Francisco.

Les pareció que el nombre era algo más que una mera casualidad. Lo tomaron como un llamado. Bastó una mirada para acordar la compra del molino y comenzar, otra vez, una aventura en conjunto. Era 1939 cuando por primera vez Francisco Aguado Villalba y su hijo Benedicto Aguado Hoces se transformaban en socios. Para el hijo, en todo caso, el negocio debía tener a su padre a la cabeza y por eso se decidió llamarlo Francisco Aguado y Compañía.

En ese momento, con esa semilla que ambos estuvieron dispuestos a sembrar en el suelo fértil de El Monte, estaban comenzando a construir – sin saberlo todavía – una historia que perduraría por generaciones.



Al transitar por calle Balmaceda, en el sector de Malloco en Peñaflor, las parcelas agrícolas que hicieron conocida a esta comuna semirural al poniente de Santiago, han devenido en un barrio industrial que se extiende hasta el límite con Talagante.

A fines de los '50, Benedicto Aguado Hoces decide materializar su visión de empresario, y compra un terreno de 120 mil metros cuadrados que había pertenecido a los colonos alemanes que llegaron a Chile en 1929 durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. En ese lugar, construye una moderna planta de incubación, bodegas para materias primas, gallineros y posteriormente, a fines de los '70, una planta industrial para la elaboración de alimentos para animales, dando cuenta de la madurez que había alcanzado la industria.

En la actualidad, el complejo alberga también un Centro de Distribución de nueve mil metros cuadrados, una planta para la producción de alimento para mascotas – que inició su operación en 1991 y ha sufrido múltiples transformaciones y crecimiento –, una planta para la producción de snacks para perros y alimento para caballos, además de las oficinas administrativas, laboratorios, sala de capacitación y un casino para los colaboradores.

Tanto la Planta Industrial, como el edificio



“En Proa asumimos la misión de entregar alimentos saludables, producidos con altos estándares de seguridad alimentaria, bienestar de las personas, los animales y también cuidado por el medio ambiente. Para ello contamos con un equipo humano y profesional de alto nivel, quienes día a día ponen a disposición su talento y compromiso para asegurar productos de primer nivel, al alcance de todos”.





de la administración, representan un punto de interés arquitectónico para la comuna de Peñaflo, transformándose en referencia obligada para la comunidad.



Con los molinos encumbrados en una producción eficiente y el negocio de la harina en un buen momento, Benedicto Aguado Hoces tenía la convicción de que aún era posible ir más allá. Fue así como junto a uno de sus colaboradores comenzó

a realizar algunas pruebas con el afrechillo que se desprendía de la molienda del trigo.

Con más convicción que evidencia, decide envasar una mezcla compuesta por alfalfa, harina de pescado, maíz y afrechillo y regalársela en sacos a los vecinos para comprobar el comportamiento de los animales. En cuestión de semanas, todos llegaron a agradecerle. Los animales crecían robustos como nunca antes.

Con el tiempo, la empresa adquirió la primera máquina para revolver el alimento, ya que hasta entonces se mez-

claba a pulso de pala y porque al ritmo que estaba creciendo el negocio la fuerza humana ya no daba abasto.

Al año ya se estaban vendiendo grandes cantidades de estos "piensos compuestos", principalmente a las pequeñas parcelas productoras de huevos que crecían en Quilpué y Limache y a los dueños de vacas lecheras. El despegue del negocio no tenía marcha atrás y con la construcción de la planta de alimentos en Malloco todo parecía posible.



La palabra es lo que vale. La frase ha quedado en Proa como un legado del que hablan colaboradores, clientes, proveedores e incluso competidores. Benedicto Aguado Hoces sabía que en la transparencia no solo había un capital para perpetuar la mística del negocio, sino también para elegir a quienes lo acompañarían en sus aventuras.

Fue el caso de su hijo mayor, Mario Aguado Longueira, quien, durante un viaje a Estados Unidos, encontró la respuesta para ampliar las líneas del negocio e incursionar en un mercado emergente y casi inexplorado.

De esta forma, en 1957, la empresa concreta la importación de reproductoras de las mejores líneas genéticas desde el país del norte, capaces de perfeccionar





tanto la producción de los huevos como la inserción de los pollos broiler dentro de la cocina nacional. Fue otro paso audaz en la historia de la compañía, para lo cual se ocuparon los terrenos de Malloco para levantar los galpones de crianza y se instalaron las primeras máquinas incubadoras en la chacra Santa Adriana.

Como todo lo que trasciende, el comienzo no fue fácil, pero el tiempo les dio la razón y Proa, con el pasar de los años, se convertiría en el productor de huevos más importante del país ganando reconocimiento por su competitividad y por la calidad de sus productos, con marcas referentes en el mercado nacional como Yemita, con más de 40 años en la mesa de las familias chilenas y La Granja Gallinas Libres, creada en 2013 para comercializar huevos de gallinas libres de jaula, a través de un sistema que permite a las aves expresar sus comportamientos naturales.

Todo ello ha permitido a la empresa desarrollar nuevos proyectos de inversión, incorporando modernas instalaciones y

aviarios de última generación, equipados con sistemas de recolección de huevos automáticos, y equipos de climatización, además de contar con el sello de bienestar animal, Certified Humane, otorgado por la ONG Humane Farm Animal Care (HFAC), lo que sirve de garantía para clientes y consumidores.

Adicionalmente, la empresa elabora y comercializa una completa gama de ovoproductos líquidos, deshidratados y cocidos para consumo humano, a través de su empresa Premium S.A., la cual cuenta con altísimos estándares normativos como HACCP e ISO, con el fin de dar cumplimiento a los exigentes estándares de sus clientes.



Benedicto Aguado Hoces fue el iniciador y pionero en esta travesía. Lo seguiría su primogénito, Mario Benedicto Aguado Longueira, a cargo de la gerencia general por casi 20 años, hasta el arribo de su hermano, Benedicto Aguado Catón, cuyas pri-

meras armas las hizo en la gerencia comercial del conglomerado y luego a la cabeza de uno de los proyectos más ambiciosos de la compañía: crear el plantel de postura más grande y moderno del país en la localidad de Leyda, en San Antonio.

Con 38 años, Benedicto Aguado Catón asume la gerencia general del grupo en 2006 con un afán transformador. Tenía claro que la única forma de asegurar la continuidad de la compañía era iniciar un complejo proceso de profesionalización de los cargos estratégicos, lo que implicaba generar cambios importantes en una organización acostumbrada a responder a la figura de su padre y a la de su hermano mayor.

Con un tono calmado, pero firme, Benedicto Aguado da cuenta de su visión del negocio y de su afán por mantener la buena salud del conglomerado.

De esta convicción surge, tal vez, una de las ideas más radicales en lo que va de su gestión: cambiarle el nombre a la compañía que por 80 años ha acompañado a su familia y también a generaciones de colabora-



dores, clientes y proveedores. Sin embargo, esta decisión tiene motivaciones profundas y apunta a enfrentar los cambios que imponen el mercado y también la sociedad.

“Tenemos el enorme desafío de continuar con esta empresa, que representa el legado de mi padre. No obstante, las exigencias de la industria, de la competencia y de nuestros clientes, van más allá”, explica Benedicto Aguado, mientras revisa las imágenes que dan cuenta de su historia. “Hoy los desafíos son muy distintos a los que enfrentamos en el pasado. Debemos competir no solo con empresas nacionales, sino que también con multinacionales, lo que da cuenta de la sofisticación de este negocio”. A pesar de ello, Aguado se muestra tranquilo y confía en las capacidades de su equipo para sacar adelante a la empresa. “Nos llena de orgullo competir de igual a igual con empresas de larga trayectoria a nivel mundial y nacional, lo que es fruto de nuestra capacidad de innovación y transformación continua”, señala.

Para enfrentar los nuevos retos, la em-

presa ha debido fortalecer su estructura para administrar negocios diferentes, pero complementarios. De esta manera, la compañía avanza en el diseño de una estrategia integral, poniendo los negocios en un solo nivel, con sus propias realidades y requerimientos específicos.

“Nos interesa ser competitivos por medio de una lectura adecuada del entorno, que nos permita satisfacer las necesidades de nuestros clientes, adelantándonos a sus requerimientos y expectativas. Desde nuestros orígenes en el corretaje de grano, pasando por la producción de harina, la producción de alimento para animales y el negocio del huevo, nuestra motivación ha sido siempre generar valor y ofrecer soluciones competitivas e innovadoras, contribuyendo de esa manera al desarrollo de la industria”, subraya.

La necesidad de diferenciarse en un mercado tan competitivo es otro de los desafíos que ha debido enfrentar durante su gestión, particularmente con el desarrollo de una cartera de marcas atractivas,

que permitan generar una relación de largo plazo con sus clientes. “Estamos dispuestos a hacer los cambios que se requieran para seguir evolucionando y dejar huellas en las próximas generaciones. Como gerente y miembro de la familia, comparto el orgullo por el legado de mi padre y por todo lo que hemos construido junto a nuestros colaboradores. Cada avance, cada logro ha sido fruto del esfuerzo conjunto de todas las personas que han sido parte de este proyecto. Mis cuñados, hermanos y todos aquellos que a través de la historia han aportado con su compromiso, convicción y talento”, manifiesta.

En cuanto al futuro, Benedicto Aguado responde con cierto pragmatismo y no elude la necesidad de tomar decisiones. “Contamos con 80 años de trayectoria y un legado importante que debemos resguardar. Sin embargo, estamos conscientes que es el momento de tomar decisiones y definir cómo queremos proyectarnos al futuro. Sabemos que es un tremendo desafío y nos hemos preparado para lograrlo”, concluye.